

VÍNCULOS

**Lo que pasa entre nosotros
también nos transforma**

Un recorrido por siglos de
pensamiento filosófico
para explorar cómo nos unimos,
qué esperamos de los otros
y qué hacemos con la distancia.

Una curaduría de
Uriel Goldstein

Vínculos

Pensarnos pasa

Una curaduría de Uriel Goldstein

Edición digital · 2026

Lo que pasa entre nosotros también nos transforma.

© 2026 Uriel Goldstein. Todos los derechos reservados.

Curaduría y dirección editorial: Uriel Goldstein. Edición: Pensarnos pasa.

Las referencias se reúnen en la bibliografía final.

Índice

Antes de empezar	3
Prólogo	6
Primer eje · ¿Qué hace que nos vinculemos con alguien?	9
Segundo eje · ¿Podemos encontrarnos con el otro sin reducirlo a nosotros?	25
Tercer eje · ¿En un vínculo hay solamente dos personas?	40
Cuarto eje · ¿Qué hacemos con las palabras cuando nos vinculamos?	55
Cierre · Lo que ocurre entre nosotros	71
Bibliografía	76

Antes de empezar

Pensarnos pasa nace de una inquietud sencilla: hay preguntas que forman parte de nuestra vida mucho antes de que sepamos que la filosofía, la sociología o la psicología llevan mucho tiempo intentando pensarlas. Qué creemos, quiénes somos, qué sentimos, cómo nos vinculamos y por qué repetimos ciertas maneras de actuar aparecen en conversaciones cotidianas, en decisiones, en conflictos y en la forma en que interpretamos lo que nos pasa. Este libro se detiene en una de esas preguntas: qué ocurre cuando nuestra vida se encuentra con la de otros y de ese encuentro empieza a formarse algo que llamamos vínculo.

No buscamos una definición única ni una teoría general capaz de ordenar todas las relaciones humanas. La palabra vínculo reúne experiencias demasiado diferentes para eso: amistad, familia, pareja, trabajo, cuidado, comunidad, reconocimiento, conflicto, dependencia, distancia. La propuesta es recorrer algunos problemas que aparecen dentro de esas relaciones y observar qué cambia cuando voces de épocas y disciplinas distintas se ponen en conversación.

Por eso hablamos de una curaduría. Curar, en este contexto, significa seleccionar algunas perspectivas entre muchas posibles, recuperar de cada una aquello que ayuda a precisar una dificultad y construir un recorrido entre ellas. Aristóteles, Montaigne, Adam Smith, Bowlby, Buber, Weil, Levinas, Honneth, Simmel, Foucault, Hochschild, Illouz, Austin, Grice, Habermas y Arendt no forman una escuela ni escribieron para responder una misma pregunta. En varios casos ni siquiera pertenecen a la misma disciplina. La conversación que aparece en estas páginas es editorial: no intenta hacerles decir lo

mismo, sino conservar sus diferencias y utilizarlas para volver más exigente el problema.

Eso también exige distinguir planos. Una cosa es lo que un autor sostuvo en una obra y dentro de un problema histórico determinado. Otra es la explicación que necesitamos para volver comprensible ese planteo. Y otra, finalmente, es la lectura de Pensamos pasa: la manera en que ponemos esas perspectivas en relación para preguntar qué permiten ver juntas. Los ejemplos cotidianos pertenecen a esa curaduría salvo cuando se indique lo contrario. Sirven para examinar una idea, no para convertir una teoría filosófica en diagnóstico de una persona real.

No hace falta haber estudiado filosofía. Cuando aparezca un concepto técnico, el objetivo será explicar qué problema intenta resolver antes de usarlo con libertad. Tampoco buscamos traducir cada idea a una receta. Vínculos no es un manual sobre cómo tener relaciones sanas, poner límites, encontrar a la persona indicada o comunicarse correctamente. Algunas preguntas pueden tocar de manera directa nuestra experiencia, pero el libro no decide por el lector qué relación debería sostener, transformar o terminar.

La colección mantiene además un hilo entre sus libros sin convertirlos en capítulos dependientes. Creencias preguntó cómo algo llega a parecernos cierto. Identidad examinó qué sostiene la continuidad de una vida y cuánto de ese yo se forma con otros. Emociones introdujo la experiencia afectiva y la manera en que valoración, cuerpo, lenguaje y contexto participan de lo que sentimos. Vínculos toma esas dimensiones y cambia la escala: ya no alcanza con preguntar qué ocurre dentro de una persona, porque ahora hay alguien enfrente que también interpreta, siente, espera, responde y actúa.

El lenguaje ocupa un lugar especial en este movimiento. No porque todo vínculo pueda reducirse a palabras. Hay cuerpos, historias, instituciones, afectos, silencios y condiciones materiales que no desaparecen cuando hablamos. Pero con palabras hacemos promesas, formulamos pedidos, atribuimos intenciones, definimos problemas, distribuimos responsabilidades y tratamos de explicarnos qué ocurrió entre nosotros. A veces una frase aclara una relación; otras veces fija una versión que ya no deja lugar para que aparezca algo distinto.

La propuesta es quedarse un poco más de tiempo dentro de esas dificultades. No para llegar a una respuesta que haya que adoptar, sino para que una palabra tan habitual como vínculo deje de funcionar como una explicación suficiente y empiece a mostrar todo lo que contiene.

Prólogo

Hay relaciones que podemos nombrar con facilidad y explicar con dificultad. Decimos amistad, pareja, familia, compañerismo, cuidado. Sabemos a quién nos referimos y, sin embargo, cuando intentamos precisar qué sostiene esa relación aparecen respuestas diferentes. A veces hablamos del tiempo compartido. Otras, del afecto, la confianza, la obligación, el deseo, la costumbre, la reciprocidad o la historia. Ninguna palabra parece alcanzar por sí sola y, al mismo tiempo, todas pueden nombrar algo real.

La dificultad se vuelve más visible cuando un vínculo cambia. Dos personas pueden seguir queriéndose y dejar de poder convivir. Una amistad puede continuar después de años de distancia y otra desarmarse cuando desaparece la actividad que la reunía. Alguien puede sentirse profundamente reconocido en una relación y, en otra, quedar fijado en una versión de sí mismo que ya no reconoce. Podemos pedir cercanía y necesitar distancia; esperar comprensión y descubrir que el otro interpreta nuestras palabras desde una historia que no controlamos.

Hablar de vínculos obliga entonces a abandonar una imagen demasiado simple: dos individuos ya terminados que se encuentran y después deciden qué hacer entre sí. Llegamos a las relaciones con aprendizajes, expectativas, maneras de interpretar, experiencias afectivas y posiciones sociales. También llegamos con palabras que ya tienen usos y con ideas sobre lo que una amistad, una pareja, una familia o un compromiso deberían ser. El otro llega con su propia historia. Y la relación que aparece entre ambos puede producir algo que ninguno de los dos traía por separado.

El primer eje empieza por una pregunta anterior a cualquier consejo sobre relaciones: qué hace que alguien llegue a importarnos de una manera particular. Aristóteles permite distinguir formas de amistad según aquello que las sostiene; Montaigne obliga a preguntar qué ocurre cuando una relación parece singular y no sustituible; Adam Smith introduce el problema de acercarnos a la experiencia ajena sin vivirla directamente; Bowlby agrega la historia de expectativas relacionales que llevamos a encuentros nuevos. El movimiento va de las razones del vínculo hacia aquello que ya estaba operando antes de que esa relación comenzara.

El segundo eje cambia la pregunta. Si llegamos al otro con interpretaciones y expectativas, ¿podemos encontrarnos con esa persona sin reducirla a lo que ya sabemos de ella? Buber distingue modos de relación; Simone Weil introduce la atención; Levinas radicaliza la alteridad; Honneth permite pensar el reconocimiento sin confundirlo con aprobación. La cuestión deja de ser solamente por qué estamos con alguien y pasa a ser qué hacemos con la diferencia de alguien que no puede agotarse en nuestra descripción.

El tercer eje abre la relación hacia afuera. Incluso un vínculo que se vive como íntimo está atravesado por formas sociales, relaciones de poder, reglas emocionales y modelos culturales. Simmel muestra que la propia estructura de una relación cambia con la cantidad y la posición de quienes participan. Foucault permite examinar cómo se orientan conductas y cómo ciertas categorías organizan posibilidades. Hochschild vuelve visibles las reglas del sentir y el trabajo emocional. Illouz muestra que la intimidad contemporánea también está hecha de instituciones, mercados, tecnologías y repertorios culturales.

El cuarto eje vuelve sobre algo que estuvo presente desde el comienzo: el lenguaje. Austin permite observar que hablar también es actuar.

Grice examina lo que comprendemos sin que haya sido dicho literalmente. Habermas pregunta para qué hablamos cuando intentamos coordinarnos con otros. Arendt coloca las promesas y el perdón dentro de una condición más amplia: actuamos entre personas y nunca controlamos por completo las consecuencias de lo que iniciamos.

Estos cuatro movimientos no forman una teoría única. Tampoco describen etapas por las que toda relación deba pasar. Funcionan como distintos ángulos sobre una dificultad común. Cada uno corrige una simplificación del anterior y deja un problema que todavía necesita ser pensado. El resultado que buscamos no es una definición final de vínculo, sino una pregunta más precisa sobre aquello que ocurre entre nosotros.

Tal vez al comienzo podamos decir simplemente que un vínculo es una relación significativa. Después de recorrer estas páginas, esa frase seguirá siendo posible, pero ya no será suficiente. Tendremos que preguntar qué la sostiene, qué historia lleva cada persona, qué lugar deja a la alteridad, qué estructuras sociales atraviesan el encuentro y qué acciones producen nuestras palabras. Y quizá aparezca una última dificultad: cuánto de aquello que repetimos en nuestras relaciones termina convirtiéndose, con el tiempo, en una manera habitual de actuar.